

S.T. GIBSON

UNA
LECCIÓN
PERVERSA

minotauro

S.T. GIBSON

UNA
LECCIÓN
PERVERSA

minotauro

Una lección perversa

Título original: *An education in malice* de S.T. Gibson

Copyright © 2024, S.T. Gibson

Derechos negociados a través de Books Crossing Borders Inc, Nueva York y Ute
Körner Literary Agent.

Traducción: © Isabel Murillo, 2024

Ilustración de cubierta: ©Tim Byrne

Adaptación de cubierta: Book&Look

Revisión: Agencia Yerro

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1908-5

Depósito legal: B. 13.963-2024

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En *Grupo Planeta* agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

Laura

7 de septiembre de 1968



Massachusetts me recibió con un motín de colores de otoño. Dorados, ocres y rojizos formaron mi comité de bienvenida cuando bajé del avión y cargué mis dos maletas en el coche que me llevaría hacia las profundidades del estado y hacia los siguientes cuatro años de mi vida. Mississippi era como un estudio de los distintos matices del verde, un lugar cubierto de musgo y adornado con frondosos magnolios, pero nunca fui consciente de la infinidad de colores que es posible hallar en la naturaleza hasta aquel primer otoño en Nueva Inglaterra.

Por bello que fuera Massachusetts, el recuerdo de Mississippi seguía asentado en mi interior como una piedra. Echaba de menos el zumbido eléctrico de las cigarras, sus bochornosos crepúsculos, el saludo relajado y fácil entre desconocidos cuando andabas por la calle. Echaba de menos el rechinar de la mecedora cuando me sentaba por las mañanas en el porche y leía las partes que más me interesaban del periódico mientras me tomaba un café. Echaba de menos la soledad de mi habitación en la buhardilla de nuestra granja, la forma en que las tormentas fustigaban el cristal de mi ventana en verano. Incluso echaba de menos a mi vieja y aburrida profesora y sus ejercicios de

francés y latín, así como la camaradería silenciosa entre las chicas del colegio cuando sudaban ríos de tinta para sacar adelante las traducciones.

Pero lo que más echaba de menos era a mi padre, su risa estruendosa, su tremenda agilidad mental y sus abrazos, tan fuertes, que cuando me apretujaba me vaciaba los pulmones de aire.

Mi padre siempre había fomentado mi interés por la escritura, que ardía intensamente dentro de mí desde que nací y a veces rayaba casi en lo obsesivo. Me sentía feliz cuando me encerraba en mi habitación horas y horas seguidas, y me ponía a leer mi W. H. Auden y mi Gertrude Stein y a escribir tonterías en mis cuadernos. Jamás pensé que mi trabajo fuera lo bastante potente como para compartirlo con nadie, pero ante la insistencia de mi padre, a veces le dejaba leer pequeños fragmentos. Tenía un gran talento, me decía, y aquel talento había que cultivarlo en algún lugar donde hubiera profesores capaces de ayudarme a exprimirlo al máximo.

En algún lugar, había decidido mi padre, como Santa Perpetua.

Conocida cariñosamente como la hermana pequeña olvidada de las *Seven Sisters*, las famosas y elitistas instituciones universitarias femeninas del nordeste de los Estados Unidos, la Escuela Universitaria para Señoritas Santa Perpetua estaba escondida en un rincón remoto del estado. Lo bastante alejado de Boston para que las escapadas de fin de semana a la ciudad fueran irrealizables. Era una escuela concertada religiosa, lo que ya me iba bien. Las oraciones repetitivas de las liturgias solían apaciguar mi temperamento nervioso, por mucho que en casa me hubiera ganado cierta reputación por andar cuestionando al sacerdote en cada momento. Había pasado gran parte del año anterior leyendo, escribiendo, yendo a la iglesia y dando largos paseos por el bosque de detrás de casa, pero, como mi padre me había recordado amablemente, mis divagaciones intelectuales no podían durar eternamente. Necesitaba la estructura

que proporcionaba la educación superior para refinar mis ideas y necesitaba también la compañía de otras chicas de mi edad para no acabar convirtiéndome en una excéntrica.

En mi cabeza, había superado mil veces cualquier contingencia, buena o mala, que pudiera encontrarme a mi llegada a Santa Perpetua. Me había imaginado un fracaso estrepitoso, un éxito vertiginoso y cualquier otra posibilidad intermedia. Pero nada podía haberme preparado para lo que me encontré cuando enfilé el camino de acceso flanqueado por árboles y accedí al campus.

Lo primero que vi fue la capilla, que se elevaba orgullosa desde la colina más alta para perforar el cielo encapotado con su aguja. A continuación, los edificios académicos, construidos con piedra gris siguiendo el estilo gótico de Princeton, con puertas de madera tallada que se abrían a un patio interior cubierto de hierba. El césped estaba repleto de chicas, muchas de ellas calzadas con merceditas y vestidas con faldas de *tweed* a la altura de la pantorrilla, pero otras lucían pantalones tobilleros ceñidos y boina, o incluso minúsculas minifaldas con medias de colores chillones. Las había que paseaban en compactos grupitos de tres o cuatro, otras que estaban tumbadas bocabajo comiendo el almuerzo contenido en bolsas de papel marrón mientras leían sus libros de texto, y otras que reían y hacían girar el *hula-hoop* en su cintura. Hasta el momento, siempre había estudiado en una escuela minúscula y jamás en la vida había visto tanta gente joven congregada en un mismo lugar, y mucho menos tantas chicas de mi edad. El efecto fue embriagador e inmediato. La emoción y la inquietud empezaron a bailar el claqué en mi estómago.

El coche que me había recogido en el aeropuerto rodeó el patio cuadrangular y se detuvo delante de un majestuoso edificio de cuatro plantas con gárgolas que parecían observarme lascivamente desde los parapetos. Después de darle las gracias y pagar al chófer, me encontré a los pies de la escalera de acceso a la residencia estudiantil con una maleta en cada mano y la

fresca brisa de septiembre ondulando el tejido de cuadros de mi falda.

—¡Cuidado con la cabeza! —gritó alguien a mi espalda.

Me giré justo a tiempo de esquivar un *frisbee*, que rebotó contra la pared lateral del edificio. Una chica blanca, guapa y de constitución fuerte, enfundada en una sudadera del equipo de la universidad, se acercó corriendo; sus rizos castaños saltaban alegremente.

—Buenos reflejos —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja. Llevaba los labios pintados con un brillo de color cereza y tenía la piel salpicada con abundantes pecas—. ¿No serás Laura Sheridan, por casualidad?

—Pues sí, soy yo —repuse, soltando por un momento una de las maletas para poder estrecharle la mano. La chica me dio un apretón con el entusiasmo y la fuerza de toda una atleta.

—Maisy Cohen. Estaba esperando tu llegada lanzando ese viejo *frisbee* con algunas de las chicas del equipo de remo. Soy tu hermana mayor.

Santa Perpetua, con la esperanza de fomentar el espíritu de tutoría, asignaba una alumna de último curso a todas las estudiantes de primero. Meses atrás, había rellenado un cuestionario cuyo objetivo era emparejarme con la que sería mi tutora perfecta, y a pesar de que recelaba bastante de la idea de tener que entablar una amistad forzada con otra chica, el recibimiento informal y cariñoso de Maisy me tranquilizó enseguida.

—Encantada de conocerte —dije, cambiando el peso del cuerpo al otro pie.

No era nada buena en lo que a las presentaciones se refiere y, en consecuencia, opté por un gesto de cortesía casi frío para disimular las mariposas que me revoloteaban en el estómago ante la perspectiva de conocer gente nueva. A Maisy no pareció importarle.

—Pues muy bien, vayamos a instalarte. ¿Traes solo esto?

Miré con impotencia mi par de maletas. Mis gustos tendían a lo espartano y había decidido viajar ligera de equipaje.

—Sí, solo esto.

—Me parece estupendo —dijo Maisy, cogiendo una de mis maletas, llena hasta los topes, como si no pesara nada—. Menos cosas que cargar. Vamos. Estás en la 412. Con unas vistas formidables, por cierto. Has tenido mucha suerte.

Cruzamos las puertas de entrada y la seguí escaleras arriba hasta la cuarta planta. Los pasillos estaban llenos de muebles y cajas de cartón, y había chicas entrando y saliendo de las habitaciones, llamándose unas a otras a voces y apuntalando con libros las puertas para que permanecieran abiertas. Alguien había puesto la Motown a todo volumen en una habitación y un fuerte olor a incienso *nag champa* emanaba de otra.

Después de dirigirme una sonrisa, Maisy abrió con un golpe de hombro la puerta del que sería a partir de entonces mi nuevo hogar.

Mi padre me había procurado una habitación individual, y me sentía agradecida por ello. Por la ventana, entre las ramas de un olmo, se veía el patio de entrada, lo que me permitiría una visión perfecta de las idas y venidas de mis compañeras. Maisy dejó la maleta sobre la cama y, con las manos en las caderas, me estudió de arriba abajo.

—Así que vienes de Mississippi, ¿no?

—Eso es.

—Pues Massachusetts te da la bienvenida. Yo soy de Boston. ¿Tienes ya todas las clases organizadas? Si aún no las tienes, puedo ayudarte. Soy amiga de la secretaria que se encarga del tema.

—No será necesario —dije, uniendo las manos por delante de mí porque no tenía ni idea de qué hacer con ellas—. Estoy matriculada en todas las asignaturas obligatorias y también en el curso introductorio del programa de escritura.

—Ah —dijo Maisy—. Entonces eres una de las de De Lafontaine.

—Sí, creo que la profesora se llama así, sí —dije, sin entender muy bien qué había querido decir con aquello. Lo cual

tampoco era raro en mí, puesto que a menudo me siento al margen de las conversaciones en las que participo.

—No has oído los rumores que corren sobre ella, ¿verdad?

Negué con la cabeza. No había hecho ningún tipo de investigación sobre la especialización que había elegido; simplemente sabía que el programa de escritura de Santa Perpetua estaba muy bien considerado y que escribir era lo único que me imaginaba haciendo durante los cuatro años siguientes.

—Vale. Pues es exigente, aunque absolutamente eléctrica en el aula. Ya lo verás. Vas a venir a la hoguera de esta noche, imagino.

—La verdad es que estaba pensando en acostarme temprano.

—Oh, venga —dijo Maisy, dándome una palmada en la espalda como si ya fuéramos colegas—. ¡No puedes perderte la hoguera! Es nuestra manera de festejar el nuevo curso escolar. Estarán todas y querrán conocerte. Ya sabes cómo son esas cosas, todo el mundo tiene que echarle el ojo a todo el mundo antes de que comiencen las clases el lunes. Créeme, las camarillas se forman rápidamente.

Aquel ritual de mala muerte me parecía horroroso, pero, casi sin darme cuenta, me encontré asintiendo, principalmente porque Maisy no parecía de ese tipo de personas que aceptan un no por respuesta.

—Perfecto. Pasaré a recogerte por aquí a las ocho en punto y te haré de escolta, al menos hasta que empieces a orientarte un poco por aquí. Y no te preocupes —añadió, guiñándome el ojo—, no te arrojaré a los leones de inmediato.

—Gracias —repliqué con un hilo de voz.

Antes de que me diera tiempo a protestar, apareció en la puerta una chica negra y delgada. Tenía un aspecto demoledoramente chic con sus pantalones pitillo y una camiseta con rayas marineras, y llevaba el pelo recogido en un moño hueco, al estilo Brigitte Bardot.

—¡Maisy! He estado buscándote por todos lados. Las del equipo me han dicho que estabas con una novata. ¡Hola,

chica nueva! —dijo con escaso interés y dirigió de nuevo su atención a Maisy—. Oye, dicen por ahí que la compañera de habitación de Siobhan ha conseguido el nuevo álbum de Jimi Hendrix, ya sabes que su padre está metido en eso de la música, y si no lo escucho ahora mismo creo que me dará un patatús.

—Elenore, Laura; Laura, Elenore —dijo Maisy, a modo de presentación—. Elenore está también en el grupo de escritura, por lo que supongo que la verás mucho.

—Maisy, es una cuestión de vida o muerte —dijo muy en serio Elenore. Tenía ese aire ligeramente altivo de alguien que disfruta del cine francés, lo cual me resultaba encantador aun sin quererlo—. Ya sabes cómo se pone esa chica; si hay demasiada gente rondando por allí, acaba sin querer compartir nada. ¿Vienes o qué?

—Te dejo que te instales —dijo Maisy, saliendo ya del cuarto—. Encantada de tenerte en Santa Perpetua, Laura.

Y se marchó. La conversación entre Elenore y ella se perdió por el pasillo. Y me quedé a solas con mis nervios y unos hilillos de esperanza ante lo que podría depararme la noche.



La Noche de la Hoguera era toda una institución en Santa Perpetua, una tradición sobre la que había leído en el folleto informativo que mi padre me había proporcionado. Era en parte una tradición de la alma mater y, en parte, un encuentro social. Las chicas de último año se encargaban de recibir a las novatas con una hoguera, coronas de laurel y tazas de ponche cargado. Era el lugar donde hacer el debut en la escena de Santa Perpetua, donde establecer con tu atuendo, tu peinado y tu forma de expresarte el tipo de grupo en el que podrías encajar.

Mientras oscurecía en el exterior, me pasé una hora decidiendo qué ponerme, dándole vueltas a media docena de conjuntos hasta que me decanté por una falda de ante, un jersey de

cachemira de color *beige* y unos prácticos mocasines marrones. Era un conjunto pulcro pero invisible, y confiaba no levantar ningún tipo de suspicacia con él.

Tal y como me había prometido, Maisy se presentó en mi habitación a las ocho en punto, seguida por Elenore. Estaban de lo más animadas, seguramente por la petaca de *whisky* que se estaban pasando entre ellas. Decliné su invitación a beber, pero permití que me enlazaran por los brazos, una a cada lado, y, orgullosas, me condujeran hasta la fiesta.

Cuando llegamos, el patio estaba repleto de chicas y rápidamente me vi arrastrada hacia allí. Maisy hizo el numerito presentándome a bombo y platillo a chicas cuyos nombres me desaparecieron de la cabeza al instante, incluyendo a la mitad de las integrantes del equipo de remo. La hoguera ardía con fuerza y, aun siendo una noche fresquita, pronto empecé a sudar dentro de mi jersey de lana. Acepté un vaso de plástico con ponche, más por desesperación que por otra cosa, y engullí tragos suficientes para poder aguantar con éxito la noche. No sé cuánto tiempo estuve dando vueltas, silenciosa y seria como si fuese la carabina de Maisy y su amiga, hasta que noté que Maisy me presionaba el codo y desaparecía para hacer circular la petaca entre su grupillo. Y justo en el momento en que me disponía a despedirme a la francesa, llegaron las anfitrionas principales.

Las chicas gritaron alborozadas y, sin darme ni cuenta, me encontré aplaudiendo con torpeza y estirando la cabeza para intentar ver algo por encima de los hombros de las asistentes a la fiesta. Llevábamos cerca de una hora esperando junto a la hoguera y la impaciencia impregnaba el ambiente. A través de aquel mar de cuerpos, vislumbré un destello de blanco, luego otro y, con cautela, me fui abriendo paso hasta llegar delante de todo.

Veinticinco chicas con vestidos largos de color blanco avanzaban en procesión hacia nosotras, con los brazos cargados de coronas vegetales y los pies descalzos. A medida que se acercaban, vi que sus vestidos eran en realidad túnicas ceñidas en la

parte delantera con un fajín. Formaban una figura solemne entre nosotras y me recordaron las vírgenes vestales desfilando hacia el fuego sagrado. Hasta entonces tenía la sospecha de que las tradiciones universitarias eran sandeces en su mayor parte, pero en aquel momento comprendí el extraño poder del ritual. Al instante me sentí transportada a una época más salvaje.

Una de las chicas alzó la voz para empezar a entonar la canción de Santa Perpetua y todas las presentes se le sumaron rápidamente. Era un canto curiosamente melancólico, más un himno que una melodía alegre, y a pesar de que no me sabía la letra, se me puso la piel de gallina.

Las jóvenes de blanco empezaron a circular y a separar del grupo a las chicas nuevas para coronarlas con laurel. Éramos un pequeño conjunto de recién llegadas, menos de un centenar, pero me dejó impresionada que las chicas del último curso conocieran a todo el mundo tan bien como para identificar con facilidad las caras desconocidas. Nunca me había gustado ser el foco de atención y por un momento me planteé la posibilidad de retirarme disimuladamente y escapar de allí, pero antes de que me diera tiempo a dar un solo paso, noté que alguien me tocaba la muñeca.

Era una chica de pelo oscuro, largo, tan largo que incluso resultaba anticuado, y le caía sobre los hombros en ondas. Sus labios esbozaron una sonrisa cuando, sin decir nada, me observó con sus cálidos ojos de color caramelo y pensé, por un luminoso instante, que me estaba viendo tal y como yo la veía a ella:

Absolutamente perfecta.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó la chica, con una voz profunda y grave, como la de una artista de cine.

—Laura.

—Hola, Laura —dijo, levantando el laurel por encima de mi cabeza, como si fuese una coronación—. Santa Perpetua te da la bienvenida.

Depositó la corona sobre mis rizos rubios y se apartó un poco para admirar su trabajo. Su mirada me recorrió el cuerpo,

una única vez, con tanta rapidez que pensé que tal vez fueran imaginaciones mías, pero me ruboricé igualmente.

Me sentí al rojo vivo por un instante, durante el cual, un instinto oscuro de vencer y dominar, de besar y golpear, me cobró vida en el estómago. Me imaginé enterrando los dedos entre aquel cabello negro y tirando de él hasta que su boca se cerniese sobre la mía. Me imaginé los tenues sonidos de sorpresa que emitiría, la dulzura de su aliento dejando un rastro sobre mis labios.

Y entonces se fue, desapareció entre la muchedumbre para regalar su atención exclusiva a otra chica. Me balanceé de un lado al otro, no sé si por efecto del ponche o como resultado de aquel encuentro eléctrico.

Me acerqué el dorso frío de la mano a la mejilla encarnada, cerré los ojos con fuerza e inspiré hondo para tranquilizar a la bestia inquieta que se revolvía dentro de mí.

—Ah —dijo Maisy, apareciendo de repente a mi lado con una sonrisa de comprensión—. Ya veo que has conocido a Carmilla.